

Resbalando s/una cuchara, tinta china, 56 x 65 cm, 1956

UNA VISITA A KITKITDIZZE

Nacho Fernández

1997. Seis de la tarde del viernes 23 de mayo. En una polvorienta desviación de una carretera secundaria en las inmediaciones de Davis, valle del río Sacramento, California, el poeta Gary Snyder conversa con algunos profesores universitarios. Se han acercado hasta allí para asistir a una pequeña lección a cargo del profesor David Kelley, experto en suelos y sedimentos. El grupo, inicialmente cinco personas, se ha quedado en tres —Kelley, Snyder y yo—, y la conversación va cerrándose sobre sí misma. Unos minutos más tarde, Kelley se despide. Nosotros partimos en un todo-terreno camino de la casa de Snyder, dirección norreste hacia Nevada City por la autopista interestatal número 80. El viaje nos llevará unas tres horas. Una parada en la carretera para entrar en un supermercado y comprar fruta, una tarta de cerezas, café para el conductor y zumo de zanahoria embotellado para mí. La luz es ya crepuscular, y la temperatura agradable. En el aparcamiento, junto al coche, damos cuenta de parte de la fruta, el café, el zumo, y volvemos a ponernos en marcha.

Después de un trecho, nos desviamos para coger otra autopista, la estatal 49. Carretera y paisaje se hacen distintos. Periódicos cambios de rasante que sugieren colinas, pinares a ambos lados del camino, mayor altura. La tarde empieza a oscurecer cuando entramos en Nevada City. A finales del siglo pasado y principios del nuestro, esta población fue centro de la fiebre del oro californiana. Gary menciona nuestras posibilidades en cuanto a la cena: comida californiana, italiana, japonesa... Elegimos un restaurante japonés. Un criterio que tiene tanto que ver con el gusto de Snyder como con mi desconocimiento. La cultura del Pacífico norteamericano incluye desde hace más de 200 años una población oriental autóctona, a la que hoy se suma una in-

migración constante de muchos países asiáticos: “no puedes ser un verdadero californiano si no sabes comer con palillos”, me dice antes de enseñarme. Y con palillos comemos verdura condimentada, sopa, pescado, *sushi*... acompañado de sake caliente. Durante la cena, hablamos del Bollingen, quizá el premio más importante de poesía concedido en Estados Unidos. Snyder acaba de recibirlo por *Montañas y ríos sin fin*, un libro que le ha llevado cuarenta años escribir. Se le ve orgulloso. Pocas veces le he visto abiertamente complacido con un logro personal. Es imposible pagar nada. Ya me ha invitado al almuerzo, y ahora a cenar. Antes de marcharnos se acerca a la puerta de la cocina y mantiene una breve conversación en japonés con el cocinero.

Qué noche agradable, refrescante, nos esperaba al salir del restaurante. La luz llegaba de algunos escaparates iluminados y de la luna llena, pero se respiraba una penumbra fragante otorgada por la espesura de pinos a nuestro alrededor. Bien cenados, cansados, contentos, nos disponemos al último trecho del viaje. Había olvidado la elegante maestría de Snyder al recitar, una artesanía recuperada por una generación de poetas cuidadosos con los ritmos que la respiración concede a la confección del poema, a su traslación a la página —longitud del verso, espaciamientos y blancos— retomados después en la entonación, pausas e inflexiones de la voz. Dentro del coche, por la empinada carretera, recordamos algunos versos de *Mountains and Rivers Without End*

*What elegance. What a life.
Bust my belly on a quart of
Buttermilk...*

We 're on our way

man

out of town

*Go hitching down that
highway 99.*

Snyder dice que aquí no pueden encontrarle. Aquí se esconde. Pienso para mí, a medida que recorremos la oscura carretera, bordeada por altísimos pinos, en lo exagerado de la afirmación. Por el momento cualquiera podría alzar este lugar con las indicaciones adecuadas. Charlamos de esto y de lo otro: de la única niña que encontraremos en casa, K. J., de 14 años; del resto de los hijos e hijas: Mica, en Vermont; Gen quiere ir a México y a España este verano; Kai, a punto de casarse, completa estudios de Ciencias Forestales en Washington. Mantenemos una conversación liviana que ayude a Gary a permanecer despierto. Es agradable hablar en los asientos delanteros de un coche, rodeados de una oscuridad que hace el movimiento casi imperceptible. En una desviación a la derecha abandonamos la carretera y nos adentramos en una pista de tierra.

Amplia en un principio, con árboles a los márgenes, la pista se adentra en la Sierra de San Juan, colinas de la Sierra Nevada californiana. Alcanzamos un claro con terreno vallado, donde la vista puede abarcar más espacio, aun de noche. Una mina a cielo abierto abandonada. Los mecanismos hidráulicos de extracción crearon una erosión tan profunda en estos suelos, que cien años más tarde la vegetación es raquítica. Inmediatamente después, el camino se hace estrecho, agreste, con baches que nos hacen saltar, pese a conducir despacio. Completamente rodeados por unos pinos de imposible altura en nuestro clima mediterráneo, subimos, bajamos, nos internamos en la espesura: la supuesta inaccesibilidad del lugar a la vida literaria comienza a parecerme menos exagerada. Es un paraje apartado. El camino toma otra desviación, siguiendo una señal pintada a mano que indica cómo llegar a un *zendo*. Después de un recodo, desciende hacia su final. Entre los pinos, la casa y las tres construcciones de madera que la

rodean son visibles en la noche del bosque.

Gary me enseña dos de las estructuras: una caseta con una ducha, una lavadora y dos hondos pilones. En uno de ellos descansa una palangana; un lugar donde lavarse por las mañanas. Otra caseta, más pequeña, con una taza de water, metálica, encima de un perforación muy profunda. Orinamos bajo las estrellas, recojemos las bolsas del *jeep* y caminamos hacia la casa, donde hay luz tras las ventanas.

Una puerta corredera abre paso a un espacio rectangular que incluye la cocina, donde encimeras, pilones y fogones están debajo de ventanas orientadas hacia los árboles. Hay una mesa con bancos, en la que nos sentamos, al lado del teléfono y el contestador. El suelo está hecho de piedras. Este espacio es adyacente a una estructura redonda, dispuesta a una altura algo mayor —unos 8 centímetros— con suelo de madera, de cuyos laterales nacen las habitaciones, todas con puertas correderas. Varias vigas, también de madera, conectadas en su extremo superior, sostienen el techo. La construcción cautiva por su extrema funcionalidad, su sencillez y su belleza.

Carole, la mujer de Snyder, tiene ahora el pelo corto. K. J. está en una de las habitaciones con una amiga, y sale a saludar requerida por su madre. Es de noche y estamos cansados. Charlamos un poco y me indican mi habitación. Nos cepillamos los dientes en el fregadero de la cocina. De no ser así habría que salir al lavadero. Junto al grifo, un vaso con los cepillos de toda la familia.

LAS COPAS DE LOS PINOS

en la azulada noche
de helada neblina, el cielo brilla
con la luna,
las copas de los pinos

vencidas azul nieve, desaparecen
entre cielo, escarcha, estrellas.
ruido de botas,
rastros de conejos, rastros de ciervos
qué sabemos.

Son las siete de la mañana, y el día se ha levantado cubierto, con una lluvia ligera sobre el bosque. Salir al aire libre a primera hora para lavarte te da una relación especial con el clima de un lugar. Espaciadamente, todos van saliendo al lavadero, mientras hago estiramientos junto a un cobertizo dividido entre sauna y leñera.

Después de tostar pan y desayunar, acompaño a Gary a llevar a las niñas al colegio. En la primera curva del camino, ciervos. Están cambiando la cornamenta, que parece cubierta por una piel esponjosa (K. J.: "Look, they have furry antlers"). A la vuelta, pavos salvajes. En ocasiones, los osos negros dejan marcas de zarpa en las fresqueras que cuelgan del exterior de la casa. El negro es el más pequeño de los osos norteamericanos, y el peso de las hembras ronda los 70 kilos. El oso Grizzly, *Ursus arctos horribilis*, animal del emblema y la bandera de California, fue visto por última vez en el estado en 1927. En palabras de Snyder, "esto no significa necesariamente que esté extinto, quizás es que se ha hecho muy bueno en no ser visto."

LA OSA MADRE

Se oculta entera
para hablar de comer salmón
Bromea conmigo
"Qué sabrás tú de mis modos"
Y me besa a través de la montaña.
A través y bajo capas,

la boca llena de arándanos,
pliegues y barrancos;
Compartimos.

Kitkitdizze es el nombre que los wintun, una tribu de los valles cercanos, daban a un arbusto aromático abundante en estas estribaciones de la Sierra. Snyder y su familia lo han recogido para llamar así a su casa. *Manzanita* designa otro arbusto de mayor tamaño, cuyos frutos semejan una diminuta manzana. Madroños, robles negros, con el porte espacioso de los *Quercus*, y la presencia mayoritaria del pino ponderosa, conforman la vegetación más común de este bosque. Ningún pino del área mediterránea (carrasco, piñonero, marítimo...) alcanzaría la altura de sus primeros californianos. De tronco muy recto, y con un ramaje distante del suelo, rumorean en cuanto el viento los mece. A menudo, la impresión inmediata que produce un elemento nuevo en regiones del oeste norteamericano colonizadas por españoles, corresponde con exactitud al nombre que personas que hablaban castellano le dieron hace alrededor de 400 años. La primera acepción de "ponderosa" en el diccionario de la Real Academia es "de mucho peso". Como estos resistentes, flexibles, enormes árboles color canela.

La ecología de este bosque incluye el fuego como un elemento más en la conservación de su diversidad. Con una periodicidad de entre veinte y cuarenta años, un incendio provocado por causas naturales se desataba en una zona determinada, haciendo arder la maleza acumulada y dejando los grandes árboles en pie. Esto evitaba una acumulación excesiva de baja vegetación, "combustible" que haría peligrar la vida de los árboles en caso de que los incendios fueran demasiado espaciados en el tiempo. Los indios aprendieron esta práctica y provocaban fuegos controlados. Los actuales habitantes de estos bosques, Snyder entre ellos, cuidan que no se acumule maleza en sus terrenos, y también que-

man en ocasiones. Pese a que hoy llueve, éste es un clima de tipo mediterráneo con una larga estación seca: “Una vez cada cuarenta años o así / llueve en julio.” Ha comenzado la época de incendios en la Sierra. La noche anterior, Carole hablaba de cómo el olor de un fuego había llegado hasta la casa. El fuego incontrolado es aquí una preocupación seria.

Pero nada parece anunciar hoy ese peligro. Continua lloviendo levemente, y tras entrar en casa para que Gary me deje un jersey, nos vamos al estudio. Sendero arriba, pasado un laguito artificial y una cama elástica, hay una vieja cuadra reconvertida en lugar de trabajo. Dentro, estanterías llenas de libros, una estufa de gas, una mesa cubierta de papeles, una puerta corredera de cristal que mira al bosque. Sobre ella, en la pared, una vieja sierra de dos brazos. Detrás de la mesa, un tapiz tibetano de Tara, diosa budista de la compasión y la sabiduría. Entre los papeles, el ensayo sobre el duende de Lorca, del que Snyder quiere hablar a sus alumnos en la Universidad de California-Davis. Tanto él como Carole toman notas después de que Gary me fuerce amablemente a hablar del duende. Hay una afición de muchos años por el flamenco en esta casa. Les explico el término “jondura”, “lo que los flamencos llevan en la tripa”, en palabras de Chano Lobato; como el *Ki*, la energía concentrada en el vientre, el centro físico y espiritual del cuerpo para muchas prácticas orientales.

Gary quiere enseñarme otras cosas en el exterior. Después de varias horas de lluvia, el suelo está muy húmedo, y acabamos chapoteando en nuestro paseo fuera del sendero. Dentro de los límites de su terreno hay dos casas más de madera. La primera, de estilo japonés, creí entender que traída desde allí. Y ladera abajo, cerca del *zendo*, una construcción desordenada y curiosa que pertenecía a Allen Ginsberg. El *zendo*, elevado y también de madera, tiene un porche cubierto que lo circunda y nos protege de la lluvia. Nos quitamos el calzado empapado antes de entrar. Hay una cocina y una sala grande y diáfana, con poco más que

cojines para la meditación, y en dos esquinas, campanas, tradicionales y tibetanas. Gary hace sonar una de ellas: un sonido cálido, muy largo. En el altar, Tara, “Señora de las estrellas”, y Fudo, su bondadoso compañero, de terrible aspecto:

Su nombre significa “inamovible rey de la sabiduría”. Es reconocido en la generalidad del mundo budista, donde se le puede ver con frecuencia en templos Shingon y Tendai. Algunos de los grandes tesoros del arte budista japonés son estatuas y pinturas de Fudo. Su mirada feroz, ligeramente irónica —tuerco o bizco— toca algo en la psique. También hay pequeñas y toscas imágenes de Fudo en las montañas y junto a las cascadas en toda la parte central de Japón. (...) Fiero como parece, hay algo en él que reconforta.

Volvemos a casa bajo la fina lluvia. Y después de una sopa caliente, nos preparamos para el regreso. Le devuelvo a Gary su jersey, me despido de Carole. A unos 40 km hay una pequeña población desde donde puedo coger un autobús a San Francisco. Snyder irá después a ver a su madre, que vive en los alrededores. En la parada, me comenta: “Ahora que ya sabes donde estamos, siempre puedes volver a visitarnos, sobre todo en verano. Es la mejor época. Los amigos acampan en nuestro terreno y aprovechamos para hacer cosas en común, como ir al río a bañarnos. O quizás podamos vernos en Grecia; en otoño del año que viene estoy invitado a ir a Grecia.” Le agradezco la atención que me ha dedicado los tres últimos días. Antes de volver al jeep, se despide con una amplia sonrisa, las manos juntas sobre el pecho y una leve inclinación.

Al abandonar San Francisco en avión, en dirección este, se cruza la Sierra Nevada. El día de principios de mayo en que yo lo hice, la mañana era extraordinariamente diáfana, y la topografía del lugar hacía honor a su nombre: desde el aire, una vista espectacular de una gran cadena montañosa con multitud de picos

blancos. En su cuadrante norte, entre los altos pinos de un bosque en la cuenca del río Yuba, está Kitkitdizze.

NOTAS

Los primeros versos mencionados son del poema "Night Highway 99", de *Mountains and Rivers Without End (Montañas y ríos sin fin)*, Washington, D.C., Counterpoint, 1996.

Un *zendo* es una construcción religiosa donde se practica la meditación budista zen.

"Las copas de los pinos" ("Pine Tree Tops") está recogido en la antología de la obra de Snyder *La mente salvaje*, Madrid, Árdora Ediciones, 2000.

La referencia a la situación del oso Grizzly en California está sacada de una carta de Snyder al autor de este ensayo, fechada en diciembre de 1997.

"La madre osa" ("The Bear Mother") forma parte de *Mountains and Rivers Without End*, y también figura en *La mente salvaje*.

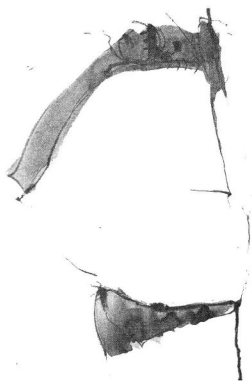
"Roble negro" es una traducción directa de "black oak", cuyo nombre científico es *Quercus velutina*, una especie que no existe en nuestro país. En el norte de España se le llama en ocasiones roble negro al *Quercus petraea*.

"Una vez cada cuarenta años o así / llueve en julio." son versos del poema "Entre" ("Among"), del libro *Axe Handles (Mangos de Hacha)*, San Francisco, North Point Press, 1983.

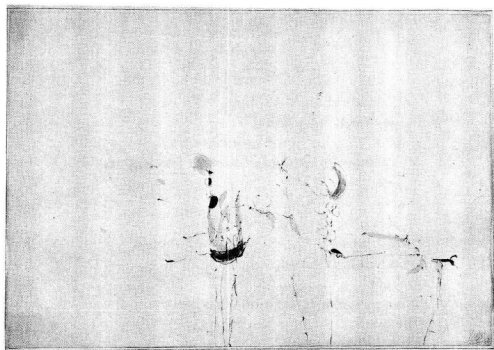
"Tara, señora de las estrellas" ("Tara, lady of the stars"), es un verso de "Ofrenda para Tara" ("An offering for Tara"), de *Mountains and Rivers Without End*.

La cita sobre Fudo es de un ensayo de Snyder titulado *Walking the Great Ridge Omine on the Womb-Diamond Trail (Caminando por la gran sierra de Omine en el sendero del útero-diamante)*, recientemente antologado en *The Gary Snyder Reader*, Washington, D. C., Counterpoint, 1999.

Este ensayo está dedicado a María Pilar Rocafort y Valeriano Fernández, mis padres, y a la memoria de Harold Snyder, padre de Gary, que descansa en Mallorca. (N. F.)



Tetas, tinta y crayola, 50 x 65 cm, 1962



El nido, crayola y tinta, 34 x 50 cm, 1963